

EPISODIO 1. *¿Podemos querer a los animales y a la vez comerlos?*

—¡Devuélvanlo! —quería decirles Lisa a sus padres—. ¡Llévenlo de vuelta adonde lo hayan comprado!

Se sentó frente a su nuevo regalo de cumpleaños, un tocador con una hilera de lucecitas alrededor del espejo, exactamente igual a los de los teatros.

—¡Es lo mismo que si me hubieran dicho: “Tomá, ponéte linda”! —pensó—. Estaba segura de que nunca lo sería; era irremediable.

Pero aceptó el regalo con un “gracias” apenas murmurado, y ahora se descubría explorando su rostro en el espejo.

—No tengo un solo rasgo que esté bien —refunfuñó para sí misma—. Está todo mal. La frente es demasiado alta, los ojos están muy separados, la boca es demasiado grande y la nariz muy respingada. “¡Y miren esos dientes, separados como estacas!” —Incluso le fastidiaba tener las orejas un poco puntiagudas. De repente lanzó una risita, al recordar que un rato antes su padre le había dicho:

—Sabés, Lisa, con tus rasgos, tendrías que haber sido un fauno. —Todavía se divertía con la idea cuando su madre entró en la habitación. También la señora Tessio sonrió, al suponer que Lisa había usado el tocador.

—La cena está lista —dijo suavemente.

A Lisa le encantaba el pollo asado, y éste estaba especialmente bien cocido, así que la carne se desprendía de los huesos mientras su padre lo trozaba. Él sabía cuánto le gustaba la pata, de modo que le dio una. Estaba maravillosamente tierna y jugosa.

Se le cruzó por la cabeza el recuerdo de cómo había tratado de molestarla Miguel el otro día, en la escuela.

—Lisa Tessio come pollo muerto —había dicho. Pero ella no se había enojado. Simplemente se rió y contestó:

—¿Si hay alguien al que no le gusta el pollo, por lo menos como lo hace mi mamá, debe de estar absolutamente loco! —Pasó el plato para que le sirvieran más.

Luego de la cena, Lisa salió. Apenas llegó a la vereda, vio acercarse al señor Jaramillo, que llevaba a su perro con una correa. El señor Jaramillo era nuevo en el barrio; en realidad, Lisa no lo conocía para nada. Cuando pasaban frente a la casa de Lisa, el perro vio a un gato junto a un árbol y se lanzó en su persecución. El señor Jaramillo tiró de la correa y el perro quedó tendido. Se levantó en seguida, gruñendo y tironeando para alcanzar al gato, que había desaparecido detrás del árbol. El señor Jaramillo empezó a caminar, pero el perro se quedó quieto. Cuanto más tiraba y tensaba aquél la correa, más resistía el animal. El señor Jaramillo lo llamó, le gritó, pero el perro no se movió. Por último, el hombre tomó una ramita de un arbusto cercano y empezó a pegarle; inmóvil, el perro soportó los golpes. Lisa los miraba fijamente, horrorizada. Ni siquiera podía gritar. Súbitamente, dio un salto y trató de agarrar la rama.

—¡Deje de hacer eso! —ordenó furiosa.

Sorprendido, el señor Jaramillo se aferró a la rama y se volvió, preguntando:

—¿Qué tenés que ver con él?

Fuera de sí de rabia, Lisa exclamó:

—¡Yo también soy un perro!

Jaramillo se alzó de hombros y empezó a tirar de nuevo de la correa. Esta vez, el perro no se resistió y comenzó a caminar junto a su amo; pronto se perdieron de vista.

En el colegio, al día siguiente, Rodolfo García dijo:

—¡No sabés qué bien lo pasé este fin de semana! Mi papá me llevó a cazar patos.

—Hay que ser muy valiente para cazar patos —contestó Marcos sarcásticamente—. Siempre están fuertemente armados.

—Muy gracioso —replicó Rodolfo.

—Ni siquiera te los comés, así que, ¿para qué los matás? —insistió Marcos.

—Hay demasiados —dijo bruscamente Rodolfo—. Si los cazadores no matan a los que están de más, va a haber patos por todos lados.

—Claro, claro. Seguro que los únicos que afirman haberlos contado y decidido que son demasiados son los cazadores, para poder seguir cazándolos. Apostaría que van a seguir haciéndolo hasta que no queden más animales.

—¿Y qué? —intervino Miguel.

—La gente tiene derecho a cazar —le dijo Rodolfo a Marcos—. Hay leyes sobre eso.

—No sé... si hay leyes, no pueden decir algo a favor de la caza indiscriminada —retrucó Marcos—. Ahora me vas a decir que la gente tiene derecho a cazar lo que quiera, incluso a otras personas. Una vez vi una película sobre eso, y nunca la olvidé.

—¡Eso es ridículo! —replicó Rodolfo—. Matar personas es completamente diferente de matar animales.

—Pero si podemos exterminar a los animales porque decimos que hay demasiados, ¿qué impide que exterminemos a la gente si también creemos que hay demasiada?

Lisa había escuchado la conversación sin intervenir. Pero ahora señaló:

—Exacto, porque una vez que nos acostumbramos a matar animales, a lo mejor nos resulta difícil parar cuando se trata de gente.

Rodolfo negó vigorosamente con la cabeza.

—La gente y los animales son totalmente diferentes. No importa qué les hagas a los animales, pero tenés que recordar que no debés hacerles lo mismo a las personas.

La conversación derivó hacia otros temas, pero Lisa se quedó preocupada.

—¿Por qué todo parece tan simple —se preguntó— y después, cuando empezás a hablar, siempre resulta ser tan difícil? Marcos tiene razón: es horrible la forma en que matamos a los animales todo el tiempo. Pero para comerlos, primero tenemos que matarlos. No entiendo, ¿cómo puedo estar en contra de matar pájaros y otros animales, cuando me gustan tanto el pollo y la carne asada? ¿No tendría que negarme a comerlos? ¡Uf, estoy tan confundida!

El padre de Lisa estaba en su escritorio, escuchando música. Ella se sentó en un almohadón junto al sofá, y esperó que terminara la música. (Cuando se sentaba así en el aula, con las rodillas recogidas hacia el mentón y su largo pelo que caía a lo largo de la espalda, parecía una letra M, como le dijo una vez Ari Stotelmeyer.)

—Beethoven —dijo el señor Tessio.

Lisa no dijo nada.

—Cuarteto de cuerdas —dijo su padre.

Y Lisa siguió sin decir nada. Pero pensó:

—Él sabe que no puedo distinguir una pieza musical de otra. Pero recuerdo todo lo que me dice; ojalá me hablara más. —Entonces se acordó de su problema—. A lo mejor tendría que hacerme vegetariana, concluyó, luego de contarle a su padre la conversación con Rodolfo, Miguel y Marcos.

—Y tenés dos razones, según creo entenderte. Primero, sentís lástima por los animales. Y segundo, creés que si podés matar animales, tal vez podrías llegar a pensar que está bien matar seres humanos.

—Eso es. ¿Pero mis razones no tienen nada de bueno? Rodolfo dijo que no.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

—Dijo que había que matar animales porque hay demasiados. Y también que si no tuviéramos animales para matar, sería todavía más probable que hoy nos dedicáramos a matar personas.

—¿Dijo Rodolfo algo acerca de si los animales tienen sentimientos?

—No, no dijo ni que sí ni que no.

—¿Vos creés que los animales tienen derecho a vivir?

—Ay, pa, ¿cómo voy a saber? ¿Derechos de los animales? Nunca escuché nada parecido.

Su padre la miró serenamente.

—Te llama tu mamá —indicó. Lisa retorció los brazos y entrelazó los dedos hacia atrás, luego los desanudó. Se desesperó y salió de la habitación; su padre la miró apaciblemente mientras se dirigía a través del largo pasillo hacia la cocina, hasta que se perdió de vista.

\*\*\*

—Oíme, Flo —exclamó Lisa—, ¿qué pensás? ¿Los animales tienen derechos?

—Debés de estar bromeando —se rió Florencia—. Nadie quiere reconocer que las personas tienen derechos, así que, ¿quién va a admitir algo parecido para los animales? Además, no puedo imaginarme algún día en un tribunal como abogada y representando a un gato al que le pisaron la cola.

—¿Y qué pasa con los chicos? —preguntó Marcos—. ¿Tienen derechos?

—¡Los chicos! —volvió a reírse Flo—. ¡Están a mitad de camino entre las personas y los animales! Eso es lo que cree alguna gente.

—Los chicos tienen derechos cuando crecen —comentó Beto Bazán.

—No —dijo Marcos—. Tenés derechos desde el momento de nacer. Tenés derecho a que te alimenten y te vistan. Tenés derecho a la medicina y derecho a la educación. Cuando sos chico, tenés un montón de derechos.

—¿Pero qué pasa con los animales? —insistió Lisa—. ¿Tienen derecho a que no los maten y se los coman?

Beto contestó:

—Tienen derecho a matarnos y comerlos si pueden atra-

parnos, y nosotros tenemos derecho a hacer lo mismo con ellos.

—¿Lo mismo vale para matar personas? —preguntó Ari—. ¿El simple hecho de poder atraparlas nos da derecho a matarlas?

—Seguro —contestó Beto—. Y cuando pasa, decimos que es una guerra y entonces está bien.

Esa noche, Ari interrumpió a su padre antes de que el señor Stotelmeyer pudiera abrir su diario vespertino.

—Pa, ¿vos qué pensás? ¿La gente debería comer animales?

—Sólo cuando están cocidos. Crudos no son muy agradables.

—Vamos, pa. Hoy, en el colegio, los chicos hablaban de eso. ¿No sería mejor si todo el mundo dejara de comer carne?

—¿Qué pasa? ¿Hay escasez de carne?

—No, pero tal vez esté mal matar animales simplemente para comerlos.

—Si querés que la gente deje de comer carne, más vale que te asegures de que tengan otras clases de alimentos.

—Es fácil. Hay que cultivar más cereales y verduras.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho.

—A lo mejor hay demasiada gente. —Ni bien lo dijo, Ari se sintió incómodo. Recordó lo que había dicho Rodolfo sobre la necesidad de matar patos porque había demasiados. Sacudió la cabeza—. No entiendo. Hay demasiadas cosas para tener en cuenta.

—Bueno —contestó su padre—, pero querés ver toda la situación, ¿no? Así que tenés que tomar todo en cuenta.

—¿Todo?

—Claro, o bien creés que está bien matar animales y comerlos, o bien no. Debés tomar en consideración todos los hechos: ¿qué pasa si los comemos y qué pasa si no los comemos?

—¿Qué deberíamos hacer, entonces?

El señor Stotelmeyer desplegó el diario.

—¿No dirías que lo que vamos a hacer depende mucho de la clase de mundo en el que queremos vivir?

—Supongo que sí.

—Bueno, ésa es mi respuesta. Algo puede parecer incorrecto, pero luego, cuando tomás todo en cuenta, es posible que parezca correcto. O al revés: al principio puede parecer que está bien pero después, cuando se consideran todas las cosas, resulta que está mal.

Ari miró por la ventana durante un instante. Luego dijo, con bastante lentitud:

—Sabés, en el colegio hay drogas. Todo el mundo lo sabe. Todos saben quiénes las tienen y cómo conseguirlas. Los chicos que se enganchan están realmente mal la mayoría del tiempo. Pero los que las proveen no creen estar haciendo nada malo. —El señor Stotelmeyer asintió con la cabeza, y Ari prosiguió—. Y los proveedores de los vendedores no ven nada de malo en lo que *ellos mismos* hacen, como llevar la mercadería en sus autos. Y los que la cultivan, dicen "por qué se la toman conmigo, yo no hago nada".

—Tal vez no quieran contemplar toda la situación.

—Pero aunque lo hicieran —preguntó Ari—, ¿actuarían de otra manera?

—Es una buena pregunta —contestó el señor Stotelmeyer, mientras volvía a enfrascarse en su diario.

Ari no estaba satisfecho.

—Papá, una sola pregunta más. Mirá, se supone que somos generosos, ¿no?

—Sí.

—Bueno, el otro día, un chico que conozco me pidió que le prestara algo de plata, y dio la casualidad de que yo tenía justo lo que él necesitaba. ¿Tendría que haber sido generoso y habérsela prestado?

—¿Qué pensás?

—Bueno, resulta que quise saber para qué la necesitaba. Era para comprar drogas.

—Así que, ¿realmente lo habrías ayudado si le hubieses dado el dinero?

—Supongo que no.

—¿Y dar siempre está bien, independientemente de las circunstancias?

—Supongo que hay que tomar en cuenta las circunstancias.

—Tomando todo en cuenta —dijo el señor Stotelmeyer mientras volvía a sentarse en su silla—, estoy decidido a leer el diario. —Por la forma en que lo dijo, Ari supo que hablaba en serio.

\*\*\*

—A lo mejor, después de todo, los animales realmente no me importan —dijo Lisa.

—Ya empieza de nuevo —comentó Flo.

—No, lo digo en serio —contestó Lisa—. Si verdaderamente me preocupara por ellos, no me los comería. Pero me los como. Así que en realidad no me importan.

—Ojalá el único problema de mi vida fuera comer o no comer pollo asado —se rió Flo.

—No, lo de Lisa es interesante —dijo Ari—. ¿Cómo puede decir una cosa y hacer otra? ¿Nuestras ideas no tendrían que estar de acuerdo con lo que hacemos? ¿Nuestros actos no tendrían que estar de acuerdo con lo que creemos?

—¡Tenés razón! —exclamó Toni—. Todo debería encajar, la forma en que pensamos y la forma en que vivimos, todo debería estar conectado.

—No sé —dijo Ari, sacudiendo la cabeza—. A lo mejor eso es ir demasiado lejos.

Ninguno tenía nada que agregar, y pocos momentos después Flo y Lisa cuchicheaban entre sí.

Luego llegó Miguel con Beto Bazán. Todos trataron de ser ocultos, pero al cabo de un rato las bromas se transformaron en un parloteo lleno de insultos amistosos.

Mientras Beto le tomaba el pelo a Flo, ésta tenía en la punta de la lengua algo sarcástico acerca de la hermana de su compañero. Pero entonces se contuvo, al recordar que la nena estaba en realidad varios grados más atrás que otros chicos de la misma edad.

En ese momento, Lisa le dijo a Beto:

—¡Ah, no me vengas con cuentos, tu madre se gana la vida limpiando!

Beto se fue. Pero Miguel estaba furioso.

—¿Por qué le dijiste una cosa así?

Lisa lo miró con extrañeza.

—¿Qué cosa?

—¡Lo sabés muy bien! Eso de que la madre se gana la vida limpiando.

—No hay nada de malo en eso —dijo Flo—. Montones de personas que conozco lo hacen. Es una cosa perfectamente honesta. ¿Estás en contra de la gente que trabaja mucho, a lo mejor?

Pero Lisa estaba estupefacta.

—No sabía que era verdad! —se lamentó.

—Ah, vamos, Lisa —dijo Flo como un consuelo—, no creo que a Beto le importara, realmente.

—¡Apuesto que sí! —insistió Miguel—. ¿Cómo te sentirías si alguien hablara así de lo que hacen tus padres?

Flo se alzó de hombros.

—Dejaría que lo hicieran. Estarían gastando saliva.

Pero Miguel no quería dejar las cosas así.

—¿Ya no es bastante con que al padre de Beto lo mataran en la guerra? Es cierto, su madre tiene una pensión, pero no es mucho. Trabaja haciendo la limpieza en un hotel, y para poder llegar a fin de mes lava la ropa de algunos de los huéspedes. ¡Vamos, no era para que te burlaras de ella, Lisa!

Lisa se quedó sin habla. Nada de lo que Flo dijera podía consolarla.

—Si lo hubiera sabido —se dijo una y otra vez—, lo habría tomado en cuenta y no habría dicho lo que dije. No importa que él no se haya sentido herido. No debería haberlo dicho. —No obstante, en medio de su pesar, se le cruzó por la cabeza una idea un tanto oculta: ¡que la próxima vez no hablaría hasta estar segura de que lo que quería decir era totalmente falso!

Pero no pudo desprenderse de la sensación de haber he-

cho algo vergonzoso, aunque no había tenido la intención de dañar a Beto. Entonces empezó a preguntarse si realmente no había querido lastimarlo.

—¿Pero por qué iba a querer hacer una cosa así? Siempre fue agradable conmigo. Y seguro que ya tiene suficientes problemas; no necesita que yo le agregue uno más. —Y entonces se le ocurrió que esas podrían haber sido exactamente las razones por las que había tratado de herirlo. La idea le dio escalofríos.

Esa noche, Lisa no dejó su cuarto para ir a cenar. Sus padres insistieron, pero ella se negó con tanta obstinación que finalmente la dejaron en paz. El aroma de la carne asada ascendió por las escaleras y llegó a ella mientras yacía boca abajo en su cama. Era tan delicioso que aumentó tanto su tormento como su satisfacción, porque sentía que si se negaba a cenar —en especial si se trataba de carne asada—, en cierta forma expiaría lo que había hecho.

Pero eso no pareció de mucha ayuda, aun cuando se retorció en la cama al pensar en las zanahorias y cebollas asadas, y la salsa que bañaba el puré de papas. Sólo se sintió un poco mejor cuando resolvió que, en el futuro, trataría de ser más considerada antes de hacer o decir algo que pudiera herir los sentimientos de otra persona.

—Ojalá pudiera también decidirme a lograr que lo que hago esté de acuerdo con lo que pienso. ¡Pero eso significaría renunciar a la carne y al pollo asados! ¿Qué sentido tiene hacerme una promesa que no tengo intenciones de cumplir?

Se sintió orgullosa por no haber bajado a comer la carne asada. Pero esa noche, antes de dormirse, vació la heladera.